

sólo no les era difícil seguir sino aun fácil adelantar. Como todos estaban dominados por desagradables pensamientos, guardaban silencio y caminaban aislados y con el embozo de la capa subido hasta los ojos.

Sigognac, casi desalentado, se preguntaba si no hubiera hecho mejor en no moverse del desmantelado castillo de sus padres, salvo el morir de hambre en él, en medio del silencio y la soledad, al lado de su borrado escudo de armas, que correr de tal suerte por caminos y vericuetos con la errante compañía.

Pensaba en el honrado Pedro, en Bayardo, en Miraut y en Belzebú, fieles compañeros de sus horas de fastidio. Sin poderlo remediar se le oprimía el corazón, y del pecho á la garganta le subía este espasmo nervioso que por lo comun se traduce en lágrimas; pero una mirada dirigida á Isabel, acurrucada, hecha un ovillo en su manto y sentada en la delantera de la carreta, fortaleció su valor. La jóven, que dirigió al desventurado Baron una dulce sonrisa, parecía no hacer caso de aquella miseria; su alma estaba satisfecha, ¿qué importaban pues los sufrimientos y las fatigas del cuerpo?

No era por cierto muy á propósito para disipar la melancolía la comarca que atravesaban. En primer término se retorcían los convulsivos esqueletos de algunos añosos olmos atormentados, ladeados, desmochados, cuyas negras ramas de caprichosos filamentos se destacaban sobre un cielo plomizo amarillento muy bajo y preñado de nieve que sólo permitía filtrar una luz lívida; en segundo, se extendían llanuras huérfanas de cultivo, limitadas allá en el confin del horizonte por peladas colinas ó por líneas de rojizos bosques. A gran distancia unas de otras, como una mancha de creta, alguna choza de la que se escapaba ligera espiral de humo aparecía entre las delgadas chabascas de sus cercados, y el álveo de un torrente surcaba la tierra cual larga cicatriz.

En la primavera, aquellos campos, vestidos de esmeralda, hubieran podido parecer agradables; pero envueltos en

las cenicientas libreas del invierno, no ofrecían á la mirada más que monotonía, miseria y tristeza.

De cuando en cuando pasaba, macilento y andrajoso, un campesino ó alguna anciana doblegados bajo el peso de un haz de leña seca, quienes, léjos de animar aquel desierto, hacían por el contrario más notable la soledad del mismo. Las urraecas, que parecían ser los verdaderos habitantes de él, saltando la negruzca tierra con su cola adherida á su ovispillo y parecida á un abanico cerrado, chismorroteaban al aspecto de la carreta como si se hubiesen comunicado sus reflexiones respecto de los cómicos, delante de quienes danzaban con aire insolente, como pájaros malvados y sin corazón que eran, insensibles á las miserias del pobre mundo.

Soplaba áspero cierzo, que pegaba contra el cuerpo de los cómicos sus delgadas capas y azotábales el rostro con sus enrojecidos dedos. A los torbellinos del viento pronto se mezclaron copos de nieve, que subían, bajaban, se cruzaban sin poder tocar la tierra ó aferrarse á alguna parte, tan fuerte era la ráfaga; llegando á ser tan densos, que formaban una como oscuridad blanca á algunos pasos de los cegados caminantes. A través de aquel argentado hormigueo, los objetos más cercanos perdían su apariencia real y dejaban de distinguirse.

—No parece sino,—dijo el Pedante, que marchaba detrás de la carreta para proporcionarse algun abrigo,—que la cocinera celeste despluma ánades allá arriba y sacude sobre nosotros el plumion de su delantal. En verdad os digo que preferiría la carne, que seria hombre para comerla sin limon ni especias.

—Hasta sin sal,—contestó el Tirano;—pues mi estómago no se acuerda ya de aquella tortilla cuyos huevos piaban al romperlos contra el canto de la sartén y que engullí bajo el título falaz y sarcástico de almuerzo, á pesar de los picos de que estaba erizada.

Sigognac tambien se habia refugiado detrás del carro, y el Pedante le dijo:

—Terrible tiempo hace, señor Baron, y siento por vos veros compartir nuestra mala fortuna; pero estas son contrariedades pasajeras, y aunque no muy deprisa, sin embargo nos vamos acercando á Paris.

—No he sido criado en el regazo del regalo,—contestó Sigognac,—y no soy hombre á quien espanten algunos copos de nieve. Esas pobres mujeres obligadas, á pesar de la debilidad de su sexo, á soportar fatigas y privaciones como veteranos en campaña es á quienes compadezco.

—Están acostumbradas á ello de desde hace mucho tiempo, y lo que seria duro á mujeres de calidad ó á las de la ciudad, no les parece de ningun modo penoso.

La tempestad arreciaba. Impulsada por el viento, la nieve corria cual blanca humareda rasando el suelo, no deteniéndose sino cuando era contenida por algun obstáculo, algun otero, una pared, una cerca ó el declive de una zanja, donde se amontonaba con rapidez prodigiosa, desbordándose en cascada del otro lado del dique temporal. Otras veces se engolfaba en la espiral de una tromba y remontaba al cielo en torbellinos para caer de nuevo en compactas masas que la tempestad dispersaba al momento.

Pocos minutos habian bastado para espolvorear de blanco, bajo el toldo palpitante de la carreta, á Isabel, Serafina y Leonarda, aunque se hubiesen refugiado al fondo y abrigado detrás de un muro de maletas.

Despavorido por las flagelaciones de la nieve y del viento, el caballo no adelantaba sino con mucha pena. Soplaba, batíanle los costados, y sus cascos resbalaban á cada paso. Tomóle por la brida el Tirano, y, marchando á su lado, lo sos-

tuvo un poco con su vigorosa mano. El Pedante, Sigognac y el Intrigante se cogieron á las ruedas. Leandro hacia chasquear el látigo para excitar á la pobre bestia, porque castigarla hubiera sido pura crueldad. Respecto á Matamoros, se habia quedado algo atrás, pues era tan ligero, vista su fenomenal delgadez, que el viento no le dejaba adelantar, y se lo impidiera aun cuando hubiese tomado una piedra en cada mano y llenándose de guijarros los bolsillos para lastrarse.

Léjos de menguar, la tempestad de nieve se desencadenaba con creciente furia, y barria con desordenado ímpetu los montones de blancos copos que agitaba en mil remolinos como la espuma de las ondas; llegando á ser tan violenta, que los cómicos se vieron obligados, por mucha prisa que tuviesen de llegar á poblado, á detener la carreta y volverla en sentido contrario al viento.

El infeliz rocin que la arrastraba no podia más; sus remos se envaraban, su piel, humeante y bañada en sudor, se estremecía. Un esfuerzo más, y caia muerto; ya una gota de sangre teñia sus narices excesivamente dilatadas por la opresion del pecho, y vidrioso brillo pasaba por los globos de sus ojos.

Lo terrible en lo sombrío no es difícil de concebir: las tinieblas dan cómodamente abrigo á los fantasmas; pero el horror blanco se hace ménos comprensible. Sin embargo nada más siniestro que la situacion de nuestros pobres cómicos, pálidos de hambre, azules de frio, cegados por la nieve y perdidos en mitad del camino en medio de aquel vertiginoso torbellino de granos helados que les envolvian por todas partes. Todos estaban acurrucados debajo del toldo, pegados unos contra otros á fin de aprovecharse del calor mútuo. Por fin desatóse el huracan, y la nieve suspendida en el aire, pudo descender ménos tumultuosamente sobre la tierra, haciendo desaparecer debajo de argentado sudario toda la extension de terreno que se abarcaba con la mirada.

—¿Dónde está Matamoros?—dijo Blazius,—¿el viento se lo habria llevado por casualidad á la luna?

—En efecto,—añadió el Tirano,—no lo veo en ninguna parte. Quizás se haya colado debajo de alguna decoración en el fondo del carro. ¡Ola! ¡Matamoros! sacude tus orejas si duermes, y responde á la llamada.

Matamoros no respondió. Ninguna forma se movía debajo del monton de telones viejos.

—¡Ola! ¡Matamoros!—bramó repetidas veces el Tirano con su gruesa voz trágica y con tono capaz de despertar en su gruta á los siete durmientes con su perro.

—Nosotras no le hemos visto,—dijeron las comediantas,—y como los torbellinos de nieve nos cegaban, no nos hemos inquietado mucho de su ausencia, creyendo que iba á algunos pasos de la carreta.

—¡Diantre!—exclamó Blazius,—¡es extraño! mientras no le haya sucedido una desgracia.

—Sin duda,—dijo Sigognac,—habrá, durante lo más recio de la tempestad, buscado abrigo detrás del tronco de algún árbol, y no tardará en reunírseos.

Decidieron los cómicos aguardar algunos minutos, transcurridos los cuales se dirigirían en su busca.

Nada aparecía en el camino, y de aquel fondo de blancura, aunque se echó encima el crepúsculo, se hubiera perfectamente destacado una forma humana á considerable distancia.

La noche, que tan rápidamente cubre la tierra durante los cortos días de diciembre, había cerrado. La reberveración de la nieve combatía las tinieblas del cielo, y por un trueque singular parecía que la claridad partiese de la tierra. Blanquecina faja dibujaba los contornos del horizonte con la misma limpieza que en mitad del día. Los árboles, enharinados, se destacaban como arborizaciones cuyos cristales azoga la helada, y de cuando en cuando copos de nieve desprendidos de una rama caían semejantes á las lágrimas de plata de los paños mortuorios, sobre la desolada tierra.

Lleno de tristeza era el espectáculo.

Un perro se puso á aullar á lo lejos como para dar voz á

la desolación del paisaje y expresar dolorosas melancolías. Parece á veces que la naturaleza se cansa de su mutismo y confía sus penas íntimas á las quejas del viento ó á los lamentos de algún animal.

Sabido es cuán lúgubrementemente suena al oído en medio del silencio de la noche ese desesperado ladrido que termina en rugido estertóreo y parece provocado por el paso de fantasmas invisibles para el ojo humano. El instinto de la bestia, en comunicacion con el alma de las cosas, presiente la desgracia y la deplora antes de que sea conocida. Hay en ese aullido mezclado de sollozos, el espanto del porvenir, la angustia de la muerte y el azoramiento de lo sobrenatural. El ánimo más sereno no siente sin conmoverse ese grito que hace levantar de punta los cabellos como el soplo de que nos habla Job.

El ladrido, primeramente lejano, se había acercado, y podía distinguirse en medio de la llanura, sentado sobre sus patas traseras en la nieve, un gran perro negro que, con el hocico levantado hácia el cielo, parecía gargarizarse con aquel triste gemido.

—Algo debe de haber sucedido á nuestro pobre amigo,—exclamó el Tirano,—esa maldita bestia aulla como para un muerto.

Las mujeres, cerrado su corazón por siniestro presagio, se persignaron devotamente, y aun la buena Isabel murmuró el principio de una plegaria.

—Es preciso ir en su busca sin aguardar más tiempo,—dijo Blazius,—con la linterna cuya luz le servirá de guía y de estrella polar si se ha desviado del recto camino y vaga á través de los campos; pues en estos tiempos nevosos en que los caminos quedan cubiertos de blancos sudarios, es fácil extraviarse.

Sacóse fuego del pedernal, y el cabo de vela encendido en el vientre de la linterna arrojó pronto á través de los delgados vidrios de asta una luz asaz viva para ser percibida de lejos.

El Tirano, Blazius y Sigognac partieron en busca de Matamoros.

El Intrigante y Leandro se quedaron para custodiar la carreta y tranquilizar las mujeres, á quienes comenzaba á causar inquietudes la aventura.

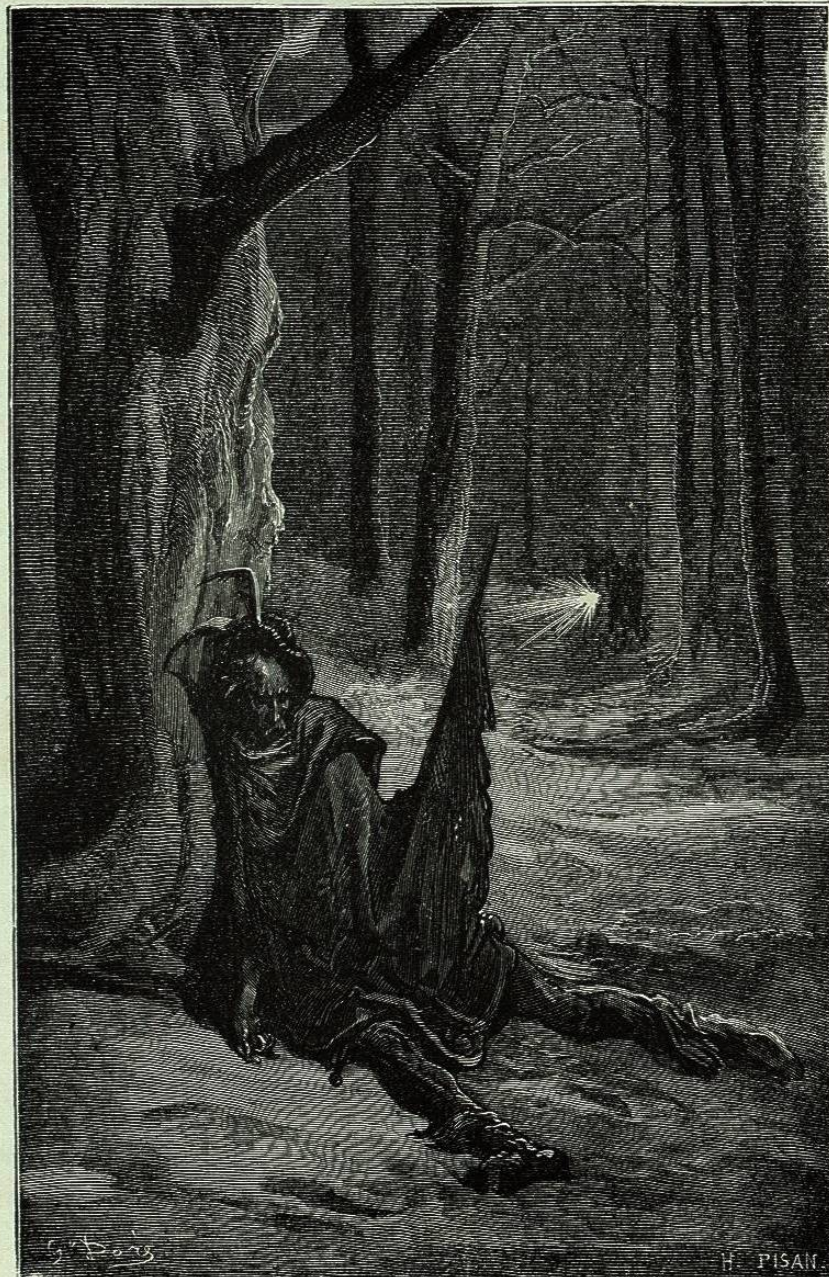
Para acabar de hacer más lúgubre la escena, el perro negro no dejaba de aullar desesperadamente, ni el viento de arrastrar con sordos murmullos sus aéreos carros por encima de la campiña, como si trasportase espíritus.

La tempestad habia de tal manera revuelto la nieve, que habia borrado toda traza ó cuanto ménos la volvía incierta. Por otra parte la noche hacía más difícil la investigacion, y cuando Blazius acercaba al suelo la linterna, se encontraba á menudo con el gran pié del Tirano amoldado en hueco en el blanco polvo, pero no con la huella del de Matamoros quien, aunque hasta allí hubiese llegado, no hubiera dejado más señal que la que un pajarito.

De esta suerte caminaron como un cuarto de legua, levantando y bajando la linterna para atraer la mirada del perdido cómico, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Matamoros! ¡Matamoros! ¡Matamoros!

A esta llamada parecida á la que los antiguos dirigian á los difuntos antes de abandonar el sitio de sepultura, sólo respondia el silencio ó el brusco aleteo de algun miedoso pájaro que huía chillando para ir á perderse allá entre las tinieblas de la noche. De vez en cuando algun buho, deslumbrado por la luz, piaba tristemente. Por fin, Sigognac, que tenia la vista penetrante, creyó distinguir á través de las sombras, al pié de un árbol, una figura de fantasmagórico aspecto, singularmente envarada y siniestramente inmóvil. Advirtió de ello á sus compañeros, y juntos se dirigieron apresuradamente hácia el sitio que el Baron les indicara.

Era, en efecto, el pobre Matamoros. Estaba este apoyado de espaldas contra un árbol y sus largas piernas extendidas sobre el suelo desaparecian á medias entre de la nieve. Su



ERA, EN EFECTO, EL POBRE MATAMOROS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO